XXIV

Al despuntar la mañana vieron á los persas que avanzaban lentamente. Los soldados viejos calculaban el número en doscientos mil. Incesantemente las colinas llenábanse de destacamentos nuevos y el resplandor de las armaduras era tan vivo, que no era posible soportar su brillo.

El ejército romano, en silencio, abandonaba el valle en que habian descansado, disponiéndose para la lucha.

Los rostros veíanse serios, pero no contrariados ni tristes.

El peligro pròximo ahogaba todos los odios. El emperador era el blanco de todas las miradas, y paganos y galileos procuraban descifrar por la expresión de su rostro qué podían esperar.

Juliano estaba radiante de gozo.

Esperaba impaciente el encuentro con el enemi-

go como un milagro, persuadido de que la victoria le daría tal renombre y poder que sería la ruína de los galileos.

Soberbio como un heroe de la Hélade, miraba el peligro impávido, y en sus ojos brillaba un fulgor terrible.

Era la mañana del 22 de Julio pesada y polvorienta; anunciaba un día bochornoso.

El emperador no se puso la coraza y permaneció con su ligera túnica de seda. El viejo Víctor acercóse á él llevando una cota de malla y le dijo:

—César, he tenido un mal sueño y no debes tentar á la suerte. ¡Ponte la armadura!

Juliano, sin contestar, la rechazó con un gesto.

Víctor se postró á sus plantas.

—¡Póntela! ¡Ten compasión de tu viejo esclavo! La batalla será encarnizada y peligrosa...

El emperador tomó su escudo, echóse la púrpura de sus clámides flotantes sobre los hombros y montó á caballo.

—¡Déjame, Víctor!—díjole,—¡no es necesario!

Su casco beocio brillaba al partir, quebrando el sol sus rayos de oro, mientras el anciano jefe le miraba con ojos compasivos.

El enemigo se acercaba y había que apresurarse.

Dispuso Juliano sus huestes en un orden especial formando media luna y el gran semicírculo debía cerrar sus dos puntas en las huestes persas, estrechándolas por los dos flancos.

Dagalaif mandaba el ala derecha; Homizda la izquierda. Juliano y Víctor estaban en el centro. Sonaron las trompas.

Tembló el suelo bajo los pasos unísonos y pesados de los elefantes persas, que llevaban la frente adornada con plumas de avestruz.

Sostenían sobre sus lomos torrecillas de cuero, y en cada una iban cuatro arqueros que lanzaban faláricos de estopa y betún inflamado.

Los ginetes romanos no pudieron soportar el primer choque, y lanzando gritos, levantando las trompas, abrían los elefantes sus bocas húmedas, y los legionarios sentían sobre ellos el aliento de los monstruos, á los que el enemigo habia puesto furiosos con una bebida especial, compuesta de vino, pimienta é incienso, con la cual los emborrachaban antes de los combates.

Sus colmillos pintados de vermellón, en cuyas puntas llevaban agudos pinchos de acero, se hundían en los vientres de los caballos, y enlazando á los ginetes con las trompas, levantábanlos de las monturas para lanzarlos contra el suelo.

El sofocante calor del medio día desarrollaba en los cuadrúpedos un pestilente olor sudoroso que hacía encabritarse á los caballos.

Una cohorte había ya emprendido la fuga. Eran cristianos y Juliano se lanzó en su persecución, y dando un golpe en el rostro al principal decurión, exclamó furiosamente:

—¡Cobardes! ¿Sólo sabéis rezar?

Los arqueros de Tracia y los honderos paflagonios avanzaron ágiles y resueltamente al encuentro de los elefantes. Detrás iban los valerosos ilirios que lanzaban dardos llenos de plomo, los «martio barbules».

Juliano ordenó que dirigiesen las flechas á las patas de los elefantes, así como los dardos y las piedras.

Una flecha se clavó en un ojo de un elefante indio, que resopló encabritándose. Crugieron las cinchas, resbaló la silla que sostenía la torre de cuero, volcóse y los arqueros cayeron en tierra como pájaros de un nido.

Entre los monstruos se produjo una gran confusión. Heridos en las patas caían al suelo, y bien pronto se convirtieron en inofensivas masas grises que levantaban al aire sus patas, las trompas sanguinolentas y los colmillos rotos: las torres destrozadas, los caballos medio aplastados, persas y romanos heridos y muertos, todos yacían confundidos y hacinados en el suelo.

Los elefantes que no cayeron, unos emprendieron la fuga y otros se encarnizaron con los mismos persas. Tal peligro no fué previsto por la táctica de los bárbaros, aunque el ejemplo de la batalla de Niziba había probado que un ejército podía ser destrozado por sus mismos aliados.

Los conductores de los elefantes, entonces, haciendo uso de los cuchillos corvos atados á su mano derecha, golpeaban á los monstruos entre las vértebras de la espina dorsal junto al cráneo. Un sólo golpe, si era certero, bastaba para matar de repente al más grande de los elefantes.

Precipitáronse hacia adelante las cohortes de los martiobarbules, saltando por encima de muertos y heridos en persecución de los fugitivos.

Entonces Juliano corrió en socorro del ala izquierda. Por aquel lado avanzaban los klibanarios persas, ginetes renombrados, unidos unos á otros por fuertes cadenas, cubiertos de pies á cabeza de escamas metálicas invulnerables, semejantes á estatuas de bronce, casi inmortales en la batalla.

No era posible herirles más que á través de las estrechas hendiduras que dejaban los ojos y la boca.

Contra éstos dirigió Juliano las cohortes de sus viejos y fieles batavos y celtas. Morían contentos por una sonrisa de César, contemplándole con sus ojos infantiles y entusiásticos.

Los carros persas, tirados por rápidas cebras, atacaban el ala derecha de los romanos.

Llevaban los carros de guerra en sus ejes y en sus ruedas grandes cuchillos, que al girar cortaban de un solo golpe las patas de los caballos, las cabezas á los soldados y partían los cuerpos con la misma facilidad que la hoz corta las mieses de los campos.

Al llegar el crepúsculo los clibanarios cedieron, sus armaduras recalentadas les torturaban y Juliano dirigió contra ellos todas sus fuerzas para conseguir su dispersión.

El desorden se apoderó de sus filas y de los labios del emperador escapóse un grito de triunfo.

Corrió tras los fugitivos sin notar que los suyos quedaban atrás. Acompañábanle algunos guardias, entre ellos el anciano Víctor, que herido en una mano no sentía el dolor, ni abandonaba á Juliano

un momento, preservándole de golpes mortales, cubriéndole con su propio escudo.

Conocía que el peligro de aproximarse á un ejército en fuga, era mayor que el de un edificio ruinoso.

—César ¿qué haces?—gritaba—ten cuidado. Ponte mi cota de malla.

Este, sin escucharle, seguía siempre adelante con los brazos levantados y descubierto el pecho, como si él solo, sin soldados, con su ademán terrible, persiguiese á sus numerosos enemigos.

Una alegre sonrisa se dibujaba en sus labios, y á través de la polvareda levantada por el galope del caballo, veíase brillar el casco beocio; y los pliegues de la clámide agitados por el viento, semejaban dos inmensas alas de púrpura que llevaban al emperador cada vez más allá.

Huyó ante él un destacamento sarraceno. Uno de los ginetes, volviéndose y reconociendo á Juliano por su traje, le señaló á sus camaradas lanzando un grito semejante al de un águila.

—¡Malek!... ¡Malek! ¡El rey! ¡El rey!

Volviéronse todos, y sin detener sus caballos se pusieron de pie en la silla de un salto, envueltos en sus blancas vestiduras, levantando las lanzas por encima de la cabeza.

Juliano distinguió un rostro bronceado de muchacho.

Era casi un niño y corría hacia él sobre un dromedario de la Bactriana. Cubierto con su escudo, paró dos lanzas enemigas dirigidas contra el emperador, y entonces el niño sobre su camello apuntó, y su mirada infantil brilló mientras vociferaba alegremente mostrando su blanca dentadura:

—¡Malek! ¡Malek!

—¡Qué feliz es!—pensó el emperador,—y yo aun...

No pudo terminar su pensamiento. Silvó la lanza, tocó en su mano derecha llevándose la piel, resbaló á lo largo de las costillas y se clavó encima del hígado.

Creyó que la herida no tenía importancia, cogió la cuchilla de doble filo y se cortó los dedos. Lanzó un grito, echó atrás la cabeza, fijó los ojos enormemente abiertos en el cielo, y pálido y demudado cayó de su caballo en los brazos de los guardias.

El fiel Víctor le sostenía con veneración, temblaban sus labios y contemplaba con mirada perturbada por la angustia, los ojos cerrados de su emperador.

Aproximábanse las cohortes rezagadas.

XX

Juliano fué conducido á su tienda y colocado sobre su lecho de campaña.

Quejábase de rato en rato sin recobrar el conocimiento.

El doctor Oribazy extrajo de la profunda herida la aguda hoja de la lanza, lavándola cuidadosamente y curándola después.

Preguntóle Víctor si quedaba alguna esperanza.

El doctor movió tristemente la cabeza.

Cuando hubo terminado la cura, dió Juliano un suspiro y abrió los ojos.

—¿Dónde estoy?—preguntó con sorpresa mirando en torno suyo.

Escuchó el lejano ruido de la batalla, se acordó de todo, y haciendo un esfuerzo se incorporó en el lecho.

—¿Por qué me han traido aquí? ¿Dónde está mi caballo? ¡Víctor, aprisa!

De súbito su rostro se descompuso por el sufrimiento.

Precipitáronse á sostenerlo, pero Juliano les rechazó.

—¡Dejadme! He de estar con ellos hasta el fin.

Su espíritu luchaba con la muerte.

Levantóse lentamente; una triste sonrisa vagaba en sus labios y sus ojos despedían fuego.

—¡Ya lo veis! ¡puedo aún! ¡aprisa, dadme mi espada, mi escudo y mi caballo!

El anciano Víctor le alargó el escudo y la espada.

Juliano los tomó y vacilando como un niño que aprende á andar dió unos pasos.

La herida se abrió nuevamente y dejando caer las armas se desplomó en los brazos de Oribazy y de Víctor y levantando los ojos, exclamó con tranquilo desprecio:

—¡Ha terminado! ¡Venciste Galileo!

Y sin oponer ya resistencia abandonóse á los que le rodeaban y le tendieron sobre su lecho.

—¡Sí, amigos míos! ¡Me muero!

Oribazy se inclinó hacia él para consolarle; y le aseguraba que curaría.

—¡Oh, no me engañes!—dijo Juliano,—¿para qué? no tengo miedo...

Después añadió solemnemente:

—Moriré como mueren los sabios.

Aquella tarde volvió á perder el conocimiento.

Al ponerse el sol cesó el combate. Encendieron la lámpara de la tienda y la noche cerraba lentamente.

El emperador no volvía en sí. Su respiración hacíase cada vez más debil. Creíase que iba á expirar. Luego abrió los ojos lentamente y su mirada se fijó en un rincón de la tienda.

Escapábase de sus labios un triste quejido y fué acometido de delirio:

—¿Tú aquí? ¿Por qué? ¡No importa! Todo ha terminado. ¿No lo ves? ¡Vete! ¡No te perdonamos!...

Luego tuvo un momento de lucidez y preguntó á Oribazy:

—¿Qué hora es? ¿Veré aún el sol?

Y sumido en sus pensamientos añadió:

—Oribazy, ¿es cierto que nuestra razón es limitada? Ya sé que es una debilidad del cuerpo... El cerebro oprimido por la sangre engendra visiones... Pero hay que vencer... La razón...

Sus ideas se disiparon nuevamente y su mirada tornóse fija.

—¡No, no quiero! ¿oyes? ¡aparta tentación! ¡Si no creo! Sócrates murió como un dios... Es necesario que la razón... ¡Víctor! ¡Víctor! ¡Qué esperan de mí, si el amor es más terrible que la muerte! ¡No me miréis así! ¡Buen Pastor! ¡Los pies traspasados! ¡Qué obscuridad! ¡Yo quiero sol, luz, sobre mi tumba! ¿Por qué no veo el sol, la luz?...

Era la una de la mañana y las legiones habían regresado al campamento sin que la victoria las regocijase. Estaban fatigados pero nadie dormía esperando noticias de la tienda imperial.

En pie muchos junto á las hogueras que se apagaban dormitaban apoyados en sus lanzas. Los caballos sujetos resoplaban y roían la avena.

Entre los espacios de las tiendas de campaña fueron apareciendo las primeras líneas claras del horizonte.

Extendíase la humedad y el acero de las armas se empañaba con el rocío matutino.

Cantaron los gallos de los adivinos etruscos.

Cubría los cielos y la tierra una tranquila tristeza y todo parecía un lejano espejismo confundiendo las distancias la ligera neblina que se levantaba.

En la entrada de la tienda imperial apiñábanse los amigos, los familiares y los jefes.

Todos tenían el aspecto de estraños fantasmas á las claras tintas de la luz crepuscular.

En el interior de la tienda reinaba profundo silencio. El doctor preparaba en un mortero las plantas medicinales para una bebida refrigerante.

Ahora el enfermo estaba tranquilo y ya no deliraba. Había recobrado la palabra y preguntaba impaciente:

—¿Saldrá por fin el sol?

—Antes de una hora,—contestó Oribazy, mirando el reloj de arena.

—Que entren los jefes,—ordenó Juliano,—tengo que hablar.

—César muy amado,—observó el doctor,—tal vez te perjudique...

—¡Oh, que importa! Sé que no moriré antes que salga el sol. Víctor levanta un poco mi cabeza.

Contáronle la victoria obtenida sobre los persas, la fuga de la caballería persa con su jefe á la cabeza y dos hijos del rey Sapor y la muerte de cincuenta sátrapas.

Juliano lo escuchó con indiferencia.

Dagalaif, Arifé, Luciliano, Salustio y Hormizda penetraron siguiendo al comicio Joviano.

Algunos haciendo cábalas para lo porvenir esperaban ver en el trono á aquel hombre tímido y delicado á quien nadie temía. Ansiaban reposar bajo su reinado de las penalidades sufridas con Juliano.

Tenía Joviano el arte de la simpatía. Era de aventajada estatura y bien parecido pero no sobresalía de los demás. Era de buen corazón pero vulgar.

Hallábase entre los familiares también el joven centurión de las imperiales caballerizas, el gran historiador futuro Amianó Marcelino.

Nadie ignoraba que estaba escribiendo las memorias de la guerra y que reunía datos y documentos para una gran obra histórica.

Cuando entró en la tienda, Amiano Marcelino, sacó las tablillas y el estilete.

Disponíase á escribir el discurso del emperador moribundo y en su pálido rostro se leía una honda é imparcial curiosidad cual un sabio ó un artista pudiera tener.

—Levantad bien la cortina,—ordenó Juliano.

Subieron la mampara. El aire fresco de la mañana acarició el rostro del moribundo. La puerta caía

á Levante y el horizonte veíase ya puro y luminoso.

—Apagad la lámpara.

Se ejecutó la orden y el crepúsculo penetró en la tienda. Todos esperaban en silencio.

—Escuchadme amigos míos,—empezó Juliano.

Hablaba en voz queda pero claramente. Respiraba su espíritu el triunfo de la razón y en sus ojos brillaba el rayo de su voluntad poderosa.

Amiano escribía con mano temblorosa. Conocía que grababa en sus tablillas la historia para la posteridad, trasmitiendo las últimas palabras del gran Juliano.

—Escuchadme, amigos míos; ha llegado mi hora, tal vez demasiado pronto, pero me alegro como deudor fiel devolviendo mi vida á la naturaleza; en mi espíritu no existe dolor ni miedo; no hay en él mas que la tranquila conformidad de los sabios, el presentimiento del eterno descanso! Sé que he cumplido con mi deber, y no me arrepiento de nada de lo que hice. Cuando perseguido por todos, aguardaba la muerte en Capadocia, en el palacio de Macelo, y más tarde en la cúspide de la grandeza, bajo la púrpura del César, he conservado mi alma sin mancha, aspirando siempre á elevados fines. Si no he realizado todos mis deseos, no olvidéis que los asuntos terrenales dependen también del destino. Doy gracias ahora al Eterno por haberme deparado morir, no después de larga enfermedad ni á manos del verdugo, sino en el campo de batalla, lleno de juventud y acometiendo empresas inacabadas...

Contad, amigos míos, á los míos y á mis enemigos como saben morir los helenos guiados por la divina sabiduría.

Calló y todos se postraron de hinojos. Muchos lloraban.

—¡Oh, qué tenéis mis muy amados! No es propio que lloren los que van por fin á su patria. ¡Y tú, Víctor, consuélate!

Quiso contestar el fiel viejo y no pudo; tapándose el rostro con ambas manos sollozó con más fuerza:

—¡Poco á poco, poco á poco!—murmuró Juliano, dirigiendo su mirada al cielo.—¡Ahí está!

Las nubes se incendiaron.

Tornóse el crepúsculo en la tienda rojizo y tibio y el primer rayo de sol brilló en el horizonte. El moribundo volvió el rostro hacia él.

Salustio Segundo acercóse entonces al emperador y besándole la mano le dijo:

—¡Augusto muy amado! ¿A quién designas para sucederte?

—¡Oh, qué importa! La suerte lo dirá. No habéis de resistirla. Ahora que triunfen los galileos. Venceremos más tarde, y reinará sobre el mundo el imperio de los iguales, eternamente risueño como el sol!... ¡Mirad! ¡Ahí está!

Un estremecimiento imperceptible recorrió su cuerpo y haciendo un supremo esfuerzo levantó los brazos, como si quisiera abrazar al astro naciente. Brotó de su herida un borbotón de sangre negra. Las venas del cuello de las sienes se hincharon.

—¡Beber! ¡Beber!—murmuró ahogándose.

Aproximó Víctor á sus labios una copa de oro, llena de agua fresca. Juliano bebía ávidamente, sin apartar la vista del sol, el agua de manantial pura y fría como el hielo.

Luego dobló la cabeza y de sus labios entreabiertos se escapó un suspiro, el último.

—¡Alegráos!... ¡La muerte... es el sol! ¡Oh, Helios, acòjeme!... ¡Soy como tú!...

Se apagó su mirada. Víctor cerró sus ojos, y el rostro del emperador vuelto hacia los rayos del sol parecía el de un dios del Olimpo que durmiese.

XXI

Habían transcurrido tres meses desde el vergonzoso tratado de paz que firmó Joviano con los persas.

Empezaba Octubre y el ejército romano rendido por las marchas forzadas á través de la ardiente Mesopotamia y consumido por el hambre había vuelto por fin á Antioquía.

En aquel deplorable regreso, el centurión de las imperiales caballerizas, Anatolio, había hecho amistad con Amiano Marcelino, el joven historiador. Ambos habían decidido ir á Italia á descansar en una casita solitaria de Bai, donde Arsinoé les invitaba para rehacerse de las fatigas de la guerra y curarse sus heridas en los manantiales sulfurosos.